

vertientes y cristalinos manantiales, pero otras eran inútiles nuestras pesquisas y teníamos que esperar hasta encontrar alguna aldea ó alguna hacienda donde pedir una poca de agua para ahogar nuestra sed.

Pasando por todas estas impresiones y gozando cuanto es dable gozar en esta clase de viages, llegamos al fin al término de él y serian poco mas de las siete de la noche cuando hicimos nuestra entrada en una poblacion de alguna importancia y bien distinta de las que acababamos de trancitar; llamónos esto desde luego la atencion y comprendimos que habiamos ya llegado á Tehuacan; así fué en efecto, dejonos la escolta hasta la puerta del hotel, y quedando el gefe de volver al dia siguiente á tomar órdenes, nos despedimos de él, y penetramos al interior de aquella casa.

CAPITULO CLXXI.

Tehuacan; su categoria política y distancia á que se halla de Puebla; movimiento y tránsito por ella de pasajeros; su altura sobre el nivel del mar; número de sus habitantes y el de todo el Distrito; importancia que tenia en tiempo de los Aztecas; su extension, sus calles y casas; su plaza, sus portales y comercio; Palacio del gobierno, sus templos; bienestar y aseo que se nota en la poblacion. Encuentro agradable que tuvimos la noche víspera de nuestra salida; hora en que emprendimos la marcha; mal tiempo, y como hicimos el camino; movimiento que habia en los lugares de remuda de tiro de las diligencias; sensaciones que experimentábamos. Tiempo que tardamos en llegar a Boca del Monte; encantos del lugar, y estado en que se hallaba cuando pasamos por allí; impresion agradable que todo nos causaba; hora de nuestra salida y lo que sentimos al descubrir el tren del camino de fierro de Veracruz. Aspecto del trayecto de Boca del Monte á México; movimiento que se advertia en las estaciones. Nuestro tránsito por Apizaco y los Llanos de Apam. El vasto valle de México con todos sus encantos; recuerdos históricos, y lo que sentimos al verlo. Proximidad y llegada á la ciudad.

Tehuacan, ciudad cabecera del distrito, y partido del mismo nombre, se halla situada á 28

leguas S. E. de Puebla capital del Estado, en la confluencia de los caminos que conducen á poblaciones importantes como Oaxaca, Orizava y otras, lo que hace que haya siempre en ella animacion y tráfico de pasajeros. Su altura sobre el nivel del mar es de 1963 varas castellanas, y pasan de tres mil el número de sus habitantes, ascendiendo el de todo el distrito que lleva su nombre y del que es capital, á mas de 46,000 almas. Antiguamente era una de las ciudades mas veneradas de los aztecas, hácese en ella un gran comercio de arinas, y tiene un fuerte de alguna importancia. Es una poblacion no extensa pero de buen aspecto: sus calles son rectas y amplias, sus casas por lo regular bajas, pero bien construidas y algunas con muy bonitas fachadas; su comercio está en el centro de la poblacion cerca de la plaza; tiene esta hermosísimos portales de piedra, y reina en ellas animacion y movimiento. El palacio del gobierno es bueno; sus Templos espaciosos, hay varios, y por lo regular nótese en la poblacion cierto bienestar y vida; su aspecto es aseado y agradable.

Un dia y dos noches pasamos en Tehuacan, y esto nos fué suficiente para recorrer la ciudad y conocer lo que hay en ella de mas notable. Allí nos abandonó la escolta, nos despedimos del galante gefe, y nos preparamos para continuar la marcha.

La noche misma que debiamos partir tuvimos el gusto de abrazar á uno de nuestros hermanos que llegó de México y que habia ido con el objeto de recibirnos; inmensó fué nuestro contento al verlo; nada es tan grato al corazon como estos dulces gozes que nos producen los lazos de la familia.

A las doce de la noche debiamos salir de Tehuacan y tomar la diligencia para ir á México; mucha ilusion nos hacia emprender la marcha á aquella hora y nuestro corazon palpitaba de contento porque se aproximaba ya el instante de regresar á esa capital que siempre habiamos tenido presente en nuestra memoria, y de volverla á ver despues de tantos años de ausencia.

Esa noche no nos acostamos, y despues de poner un parte telegráfico á la familia avisándoles nuestra llegada, lo dispusimos todo, esperando ansiosas la hora de partir.

Llegó esta al fin; la noche estaba oscura, no brillaban las estrellas en el cielo y corria un viento tan frio que helaba nuestros miembros; serian como las doce cuando entramos en la diligencia muy bien abrigadas, y momentos despues esta partia saliendo pronto de las puertas de la ciudad.

La oscuridad era profunda y las tinieblas tan espesas que no permitian distinguir ni la ruta

que seguíamos, dos hombres montados á caballo con sus grandes hachones en la mano se colocaron á los lados de la diligencia iluminando el camino con la trémula luz de sus antorchas.

Algo de poetico y atractivo encerraba ese viaje en la soledad de la noche; la diligencia atravesava sola la inmensidad de los campos; la luz de las antorchas las tinieblas que nos rodeaban aquel silencio sepulcral, todo ejercia sobre nosotras cierta fascinacion y no se escuchaba mas rumor que el chasquido del latigo, el ruido que hacia la diligencia, y de cuando en cuando la voz del cochero que arriaba los caballos.

Nosotras estabamos llenas de contento; bien es verdad que viajar en diligencia es muy molesto y mas aun aquella noche, por que como antes deciamos hacia un frio crudo y nos hallabamos aterridas; sinembargo cada instante que pasaba nos aproccimaba mas á México; la luz del nuevo dia debia saludar el instante venturoso en que ibamos á penetrar en nuestra patria y este pensamiento, dulces nos hacia las mismas incomodidades, y gratos los sufrimientos.

Cada cuatro horas la diligencia hacia alto para remudar los caballos; entónces asomabamos la cabeza por la portezuela y veíamos el movimiento que habia en el paraje; los arrieros iban y venian con sus linternas en la mano embueltos en

sus gruesos *zarapes*, y con sus grandes sombreros *jaranos*; al verlos con ese traje nacional nos llenábamos de contento, y parecíanos soñar y que no era realidad que tocasemos ya casi con las puertas de nuestro tan amado México. ¡Cuan cierto es que la ilusion centuplica la alegria, y que lo que mucho se ha deseado produce al realizarse gozes supremos en el alma! asi nos paso á nosotras, largas se nos hacian las horas y durante toda aquella noche ni un instante nos entregamos al sueño; verdad es que por la hora en que viajamos nada podia verse del camino; pero el movimiento fuerte de la diligencia el frio que tanto se hacia sentir y el polvo que nos molestaba, hacian imposible poder conciliar el sueño; por otra parte, bullian en nuestra mente mil ideas, dulces sensaciones hacian palpitar de gozo nuestro pecho, é imposible es que el cuerpo duerma, mientras el corazon está en vela!.....

Seis horas tardamos en el camino; cuando los primeros albores del dia vinieron á sorprendernos con sus deliciosos tintes llenos de encanto y de poesia, tocabamos ya con Boca del Monte, y momentos despues la diligencia hizo alto deteniendonos en ese punto seductor y lleno de atractivo.

Eran las seis de la mañana, el sol doraba aun por el oriente las montañas y las campiñas, y la

naturaleza sonriente ostentaba sus ricas galas y las blancas perlas del rocío. Boca del Monte en la época en que nosotras pasamos se estaba por decirlo así formando, y era una población que comensaba á nacer entre la inmensidad de esos campos.

Nada tan bello sin embargo como aquel lugar lleno de encanto; gozarse allí de perspectivas seductoras, la vista se extasía en risueños panoramas y el corazón se dilata palpitando de contento.

Boca del Monte se hallaba entonces en construcción; no existía más que la Estación del Camino de fierro con sus anexos, almacenes, su restaurant lleno de vida, y unas cuantas casas agrupadas á su alrededor pero más lejos; se veían aquí y allí cimientos colocados ya; casas en construcción; por todas partes trabajadores y por doquier animación y vida. La impresión que todo esto nos causara fué muy agradable, jamás olvidaremos ese paraje delicioso; sorprendiéndonos el movimiento que notamos en él y el tráfico que se veía de pasajeros y mercancías, recordamos nuestros viajes por Europa y veíamos con gusto los adelantos verificados en nuestra patria querida.

Eran las seis de la mañana cuando llegamos á Boca del Monte y hasta las 11 pasaba el tren

de Veracruz que debía conducirnos; empleamos esas cinco horas en recorrer aquel punto y sus contornos, en tomar un magnífico almuerzo que nos fué servido, y en conversar con los empleados de la Compañía, remontándonos con la imaginación á las regiones del porvenir.

Poco antes de las 11 el tañido de la campana y los pitazos de la máquina nos anunciaron la proximidad del tren; nuestro corazón palpita de contento; llevamos tantos años de no ver una Locomotora; que cuando el tren de Veracruz se presentó á nuestra vista con su penacho de humo, su ligera máquina y sus numerosos wagones sobre nosotros de placer y nos creímos transportadas por un momento á Europa, recordando los múltiples viajes que allí habíamos hecho en los Caminos de fierro.

Colocado nuestro equipaje en los wagones de carga, ocupamos nosotros un cómodo departamento en el tren, y allí completamente en familia, podíamos esplayar las sensaciones del alma, y dar libre pávulo á los afectos del corazón. Minutos después sonó el pito de la máquina comenzó esta á arrojar el humo, y emprendió el tren su rápida marcha acercándonos á cada instante más y más, al punto que por tanto tiempo había sido objeto de nuestros suspiros y de nuestra ilusión.

La parte que recorrimos desde Boca del Monte hasta México es la menos hermosa del camino de Veracruz; sin embargo gozábanse de buenas vistas, se sucedían á cada paso poblaciones mas ó menos pequeñas, y en las Estaciones del tren, reinaba gran vida; multitud de gente se agolpaba en ellas, muchos venían á ofrecer sus vendimias á la portezuela del wagon, la alegría se retrataba en las semblantes y en todas aquellas poblaciones habia un sello misterioso, que se atraía las simpatías y se ganaba el corazón.

Así gozando de estas gratas impresiones llegamos hasta Apizaco; allí bajamos un momento para comer; como era tan limitado el tiempo nada pudimos ver de la población, y volviendo á subir al tren continuamos nuestra marcha, penetrando pronto en los llanos de Apan donde hay tan buenas fincas y experimentando sensaciones tan fuertes, que es imposible describir, pero que si sabrá comprenderlas todo corazón patriota que como nosotras haya regresado á su país despues de una larga ausencia, y sentido ese secreto entusiasmo, ese indefinible contento que en instantes semejantes hace estremecer el corazón!

A medida que nos aproximábamos á México nuestro pecho latía con mas violencia; tal era el deseo que teníamos de volvernos á ver en él.

Cuando penetramos en su extenso valle de diez y ocho y media leguas de longitud y doce y media de ancho, con sus hermosos lagos entre los que se hacen notables el de Chalco y el de Texcoco, asemejándose este último por su extensión y sus aguas tranquilas y sosegadas á un mar mediterráneo en calma. Cuando nos volvimos á ver en ese valle en que se encuentra asentada la ciudad fundada por los Aztecas hace tantos siglos en 12 de Julio de 1327, esa ciudad construida en medio de las aguas, cortada por varios canales como Venecia bañada y poseida por las aguas del Adriático; esa ciudad en la que desde aquellos tiempos hasta el presente se han efectuado tantas transformaciones y se han sucedido tantos acontecimientos!..... nuestro corazón podia apenas contener la violencia de sus latidos, y nuestra alma bendecía á Dios que nos habia permitido regresar al suelo pátrio.

La vista de ese valle tan pintoresco, era para nosotras un ensueño que no se apartaba de nuestra imaginación ni un solo instante; cuando lo contemplábamos con sus vistosos rios de Cuautitlan y del Consulado, con la perspectiva encantadora por un lado del Popocatepetl y el Ixtacihuatl coronados perpetuamente de nieve, y del otro la del Ajusco, cuya cima se levanta 13,140 piés sobre el nivel del mar y que forma parte de

la cadena de montañas que lo circunda y limita su dilatado horizonte, entre las cuales se hallan: al S. E. el Cerro de las Cruces tan célebre en nuestra guerra de independenciam; al O. el de los Remedios, y al N. el del Tepeyac que encierra el mayor tesoro de todos nuestros recuerdos..... nuestro contento era indefinible; la sonrisa entre abria nuestros labios, la alegría brillaba en nuestros ojos, el entusiasmo hacia palpitar nuestro corazon.

El tren seguia su marcha; las tinieblas de la noche habian reemplazado ya la luz del dia, y nuestra impaciencia crecia de punto á medida que se acortaba la distancia, y se acercaba el momento de llegar.

Cuando el tren cruzó por Guadalupe y vimos iluminadas por los rayos de la luna las cúpulas del Santuario, algo extraño pasó en nuestra alma, sin sentir llevamos la mano á nuestro pecho; dulces lágrimas bañaron nuestras mejillas! y del fondo del corazon dirijimos una plegaria de amor y de gratitud, á la que Madre de Dios habia descendido del cielo hasta nuestro suelo, santificando ese lugar precioso, y dejándonos en su efigie de Guadalupe, un gaje de su amor, y una prueba de su predileccion al pueblo mexicano!..... Momentos despues avistamos en lontananza las luces de la ciudad. La sangre circuló con rapidéz

en nuestras venas, nos levantamos de los asientos como movidas por un resorte eléctrico, habriamos querido abarcar la distancia que nos separaba; siglos parecian los instantes, y era mucho lo que en aquellos momentos sentia nuestro corazon.

Al fin el tren se detuvo y penetramos en la Estacion ¿era pues cierto? ¡Ah sí! el regreso á la patria dejaba de ser un sueño: habia llegado el momento de la realidad!.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....